

A-C.112/1

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA HUELGA DE HIJOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR



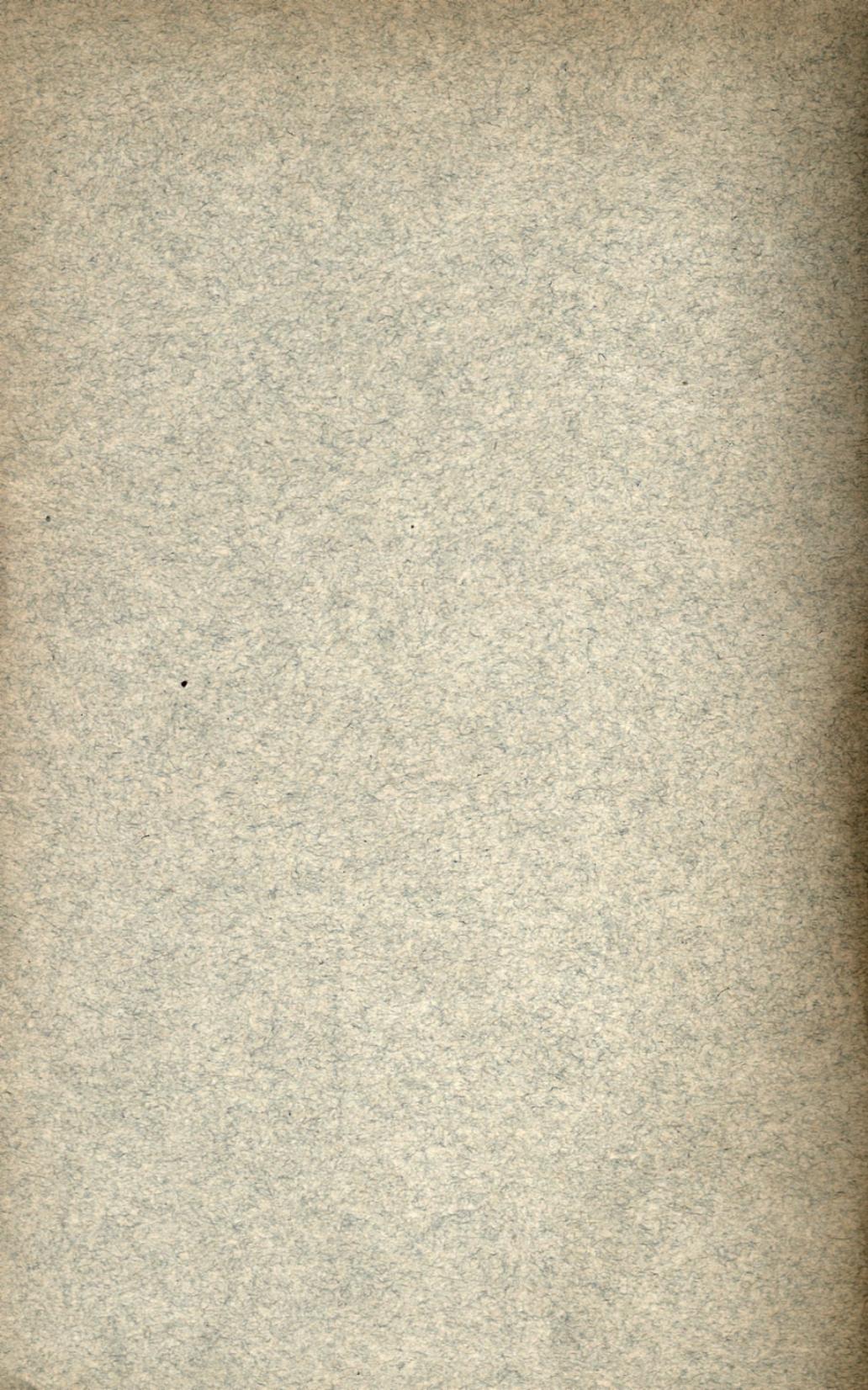
MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS.—2—2.º

1893

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

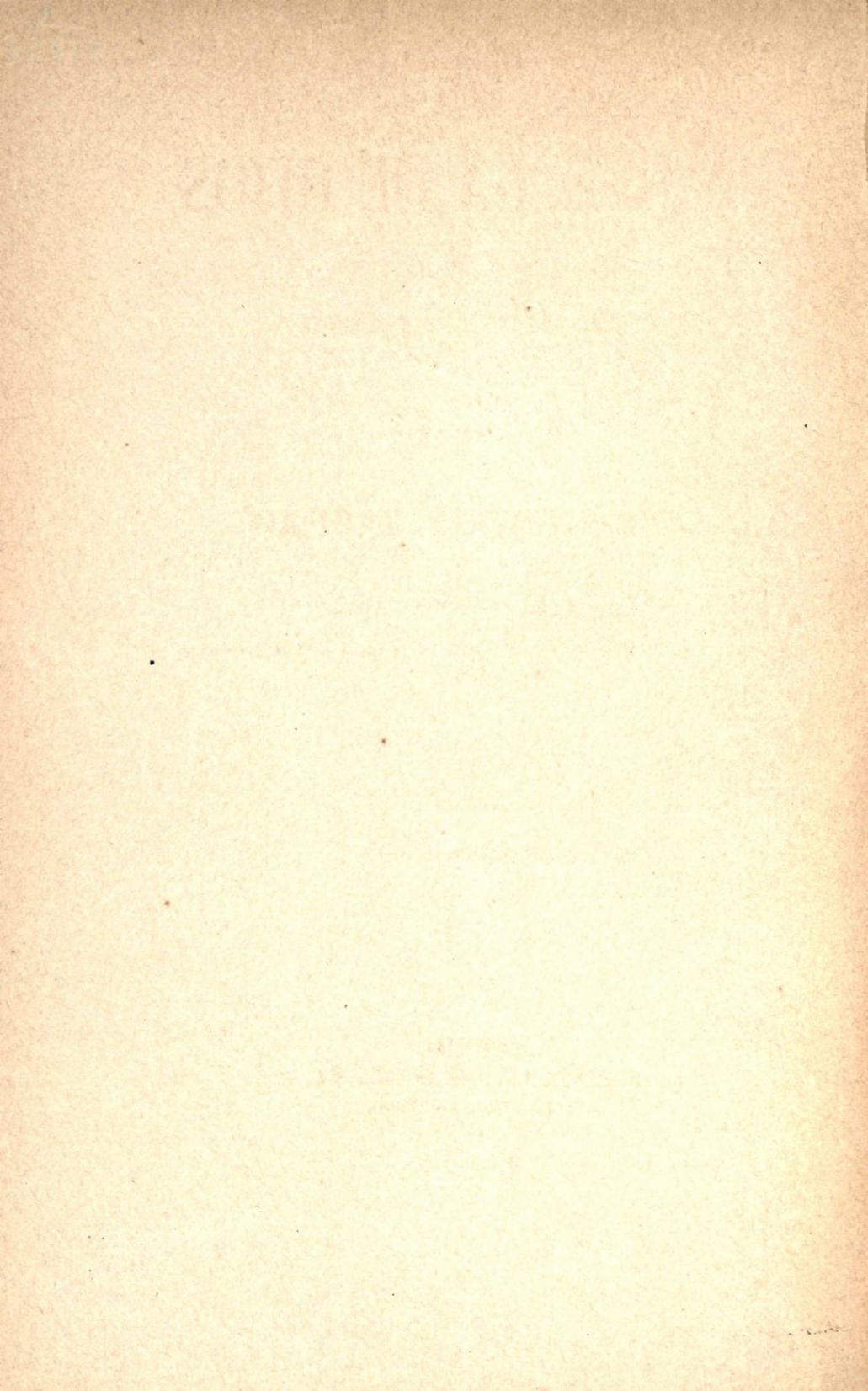
Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.



A-Caj. 442/4

2
81752

LA HUELGA DE HIJOS



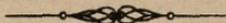
LA HUELGA DE HIJOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 7 de Noviembre
de 1893.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—
1893



PERSONAJES

ACTORES

HENNY.....	SRTA.	MARÍA GUERRERO.
MARÍA.....	SRA.	SOFÍA ALVERÁ.
CARMEN.....	SRTA.	MARÍA CANCIO.
JULIA.....	SRA.	MARÍA DíEZ.
LOLITA.....	SRTA.	JOSEFINA BLANCO.
JUAN.....	DON	MIGUEL CEPILLO.
RAFAEL.....	»	EMILIO THULLIER.
SALVADOR.....	»	FRANCISCO GARCÍA ORTEGA.
TIMOTEO.....	»	ALFREDO CIRERA.
LUISITO.....	SRA.	CONCEPCIÓN RUIZ.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ ECHEGARAY

Se honra dedicándole esta Comedia,

SU BUEN AMIGO Y ADMIRADOR,

Enrique Gaspar.

ACTO PRIMERO

Gabinete con balcones rasantes en la derecha, y puertas en la izquierda y en el foro.

ESCENA PRIMERA

JULIA, hablando por señas desde el balcón con alguien que está en la calle. LOLITA, vigilando junto á la puerta de la izquierda.

JULIA. No entiende. La verdad es que no sé cómo decirle por señas que esta noche vamos al teatro. ¡Ah! Espera.
(Se sienta al piano, y ejecuta los primeros compases del *Rataplán de Los Hugonotes.*)

LOLITA. ¿Qué? ¿Puedo ya dejar la guardia?

JULIA. Aún no. Le estoy explicando que le espero en el Real.
(Vuelve al balcón.)

LOLITA. Enséñale una butaca.

JULIA. Por fin... (Creyendo haber sido comprendida.) ¿Eh? Pues lo traduce bien. Le digo que vaya á ver *Los Hugonotes*, y cree que le cito á misa de tropa. ¡No es eso, torpe!

LOLITA. Atención: oigo ruido.

JULIA. ¿Vienen?

LOLITA. No. (Aparte.) Pero me alegraría, porque esto se va haciendo ya largo.

JULIA. Sí... la ópera. ¡Anda! ¿Qué le da? ¡Pues no se pone poco incomodado!... ¡Ah! El capitán que pasa todas las tardes. La miradita de costumbre. Hoy se ha sonreído. ¿Serán por él los monos? (Preguntándose.) ¿Ese? ¿No? Pues, hijo, no te entiendo. Bueno, te escribiré. Lola, hoy vendrá Luisito.

LOLITA. ¿Sí? ¡Qué gusto!

JULIA. Y le dirás que tengo que darle una carta para Jorge.

LOLITA. Corriente; pero me vestirás una muñeca.

JULIA. Dos, si quieres. (Continúa haciendo señas.) Nada, sigue serio.

ESCENA II

DICHAS; CARMEN y TIMOTEO, entrando sigilosamente por el foro.

TIM. (Aparte á Carmen, por Julia.) ¡Vamos! Ahí la tienes representando la pantomima sin música.

CARMEN. Pues, Timoteo, toma la determinación que te plazca, porque yo no puedo ya con ella.

TIM. (Agachándose para mirar sin ser visto por entre los hierros del balcón.) ¡Y el zangolotino acurrucado en el portal de enfrente, como San Alejo debajo de la escalera! Con esa cara de luna y los ojos en el cogote... parece un queso de Gruyere. ¡Anda ahí, qué jaleo! (Por las señas que hace Julia, levantando la voz y asustando á su hija, que cierra las vidrieras.) ¿Quieres unas castañuelas?

JULIA. ¡Ay!

LOLITA. ¡Nos pillaron! (Aparte.)

CARMEN. Te tengo dicho que, al menos mientras tu padre esté en casa, no te acerques al balcón, y tú, erre que erre, asomada ahí siempre como una mona.

JULIA. ¡Mamá...!

TIM. Según eso, ¿tú la proteges?

CARMEN. Hombre, yo no la protejo; pero... ¡Jesús! Aquí no sabe una cómo dar gusto á todos. (Aparte á Timoteo.) ¿Tú no te acuerdas de cuando eras joven?

- TIM. Porque me acuerdo mucho, trato de impedir que los demás hagan las barbaridades que he hecho yo. (A Lolita.) ¿Y tú también andas metida en el ajo?
- LOLITA. Yo no quería, papaito; pero Julia se ha empeñado en ponerme de centinela...
- JULIA. ¡Como no tengan tus muñecas más vestidos que los que yo les haga...!
- TIM. ¡Buen ejemplo para la pobre niña! (A Lolita.) Anda, anda á jugar, y no te dejes corromper con dádivas. Si tu hermana te promete algo, me lo vienes á contar en seguida, y yo te daré...
- LOLITA. ¿Lo que ella me haya ofrecido?
- TIM. No; una zurra si me desobedeces.
- LOLITA. (Aparte.) Pues ya voy yo hablando. (Vase.)

ESCENA III

JULIA, CARMEN y TIMOTEO

- TIM. ¿Le parece á usted regu'ar? ¡Abrirle así los ojos á la inocencia!
- JULIA. ¡No tengo yo la culpa! Autoriza nuestras relaciones, y...
- TIM. Eso es. Dame lo que se me antoje, y ya no pido más.
- JULIA. ¡Ni que cometiese un crimen!
- TIM. No es un crimen, pero si una obcecación.
- CARMEN. (Aparte á Timoteo.) ¿Por parte de quién? Si se quieren...
- TIM. Babas.
- JULIA. Eres injusto. Estudia ya segundo de leyes.
- TIM. Abogado por añadidura.
- CARMEN. Plantel de ministros, según tú.
- TIM. Jorge es un mequetrefe.
- JULIA. Jorge es ya un hombre, cumplirá diecinueve años en Julio.
- TIM. Y estamos en Octubre.
- JULIA. También tú te casaste joven...
- TIM. Y así salió ello.

- CARMEN. (Aparte á Timoteo.) ¿Qué?
- TIM. Es decir, bien por casualidad. Además, eso no es amor, es testarudez; ganas de darme en la cabeza.
- JULIA. Si lo dijera yo.
- TIM. ¿Cómo?
- JULIA. Que me llevas la contra por sistema; porque lo desaprobase en un principio, y ahora no quieres dar tu brazo á torcer. (Gimoteando.)
- CARMEN. (Consolándola.) ¡Julia!... Tiene razón. Si á los dieciocho años no le es lícito amar á una muchacha...
- TIM. Eso es; apóyala tú.
- CARMEN. Yo no veo más, sino que mi hija se me está quedando en la piel y el hueso.
- TIM. Y con menos hay para que nos pongamos todos como la espina de Santa Lucía. En paseo siempre seguidos por el sargento de *Los Madgyares*. Las comidas las hacemos mascando en la mesa y engullendo en el balcón. Y dormir, que si quieres; ella por gusto y nosotros por deber, nos pasamos la noche recorriendo la casa sin zapatos.
- JULIA. (Llorando.) ¡Para vivir así, más valía morir!
- CARMEN. ¡Jesús, qué atrocidad! Hija, no digas esas cosas.
- JULIA. ¡Soy muy desgraciada, mamá!
- TIM. ¡Mucho! Se empeñan en no dejar que te ahorques.

ESCENA IV

DICHOS; SALVADOR, vestido de capitán de húsares.

- SALV. ¿Llego en mala ocasión?
- CARMEN. (Aparte á Julia.) Repórtate. (Alto.) ¡Nada de eso!
- SALV. ¡Señora!... (Saludando á Carmen.)
- TIM. (Dándole la mano.) Esta ocasión es aquí permanente y garantida, como el color de los percales.
- CARMEN. (Aparte.) Bonito percal el nuestro.
- SALV. A Julia no le pregunto; cuando una muchacha llora anda de por medio el amor.

- TIM. El que ha sido cocinero antes que fraile...
- SALV. Por supuesto que, si usted me lo permitiese, le diría con mi ruda franqueza de soldado, que esas lágrimas merecen mejor empleo.
- CARMEN. Ya lo oyes.
- JULIA. ¿Y de dónde se saca, Salvador?
- SALV. ¡Pues así que no se ponen ustedes en evidencial Como esto es entresuelo, se enteran todos los que pasan por la calle. Los vecinos saben la hora que es por las señas que se hacen ustedes.
- TIM. ¡Vamos! Por eso nuestra cocinera, antes de poner la sopa se asoma al balcón todos los días.
- CARMEN. A mí lo que me disgusta es que su padrastro sea inglés. Un protestante.
- SALV. Y creo que mister Forbes le piensa dejar su fortuna; pero por más que le frote con billetes de banco, no le sacará lo corteza. Es una ostra el joven ese.
- TIM. Que no sale nunca de su concha. (Señalando á la calle.)
- JULIA. (Picada.) Pues mire usted, también hay otros mariscos... de caballería, que aspiran á dar la hora en el barrio.
- TIM. ¡Hola!...
- CARMEN. ¿Qué?
- JULIA. Un capitán de húsares que me pasea la calle al volver del pienso, porque deja un olor á paja...
- CARMEN. Niña...
- SALV. Efectivamente, mi amigo y compañero Ugarte. Un oficial distinguidísimo que la quiere á usted mucho, y cuya menor cualidad es tener seis mil duros de renta.
- CARMEN. ¡Digo!
- TIM. ¡Anda!... ¡Mueran los ingleses!
- SALV. Hombre serio si los hay, y por lo mismo, se le lleva el demonio de ver que está usted malgastando el tiempo con ese mameluco.
- JULIA. ¡Mameluco!
- SALV. ¡Una niña tan mona! ¡Qué parejita haría usted con él! Vaya. ¿Le digo que sí?

- JULIA. ¿Se ha metido usted á casamentero? Yo cuando doy mi cariño, lo hago por convicción.
- CARMEN. Sí, pero también debes mirar tu conveniencia.
- TIM. Y luego que, como he leído no sé en dónde, lisonjea mucho á las muchachas el apoyarse en un brazo que lleva un sable en la cintura. (Todos ríen.)
- JULIA. ¿Vosotros también? Esto es una cruzada. Me voy.
- SALV. ¿A pensarlo?
- JULIA. A dejar que se les pase á ustedes la manía.
- TIM. ¡Un húsar!
- CARMEN. ¡Rico!
- SALV. Y, sobre todo, formal.
- TIM. Eso, eso; nada de peleles.
- JULIA. Predicar en desierto, sermón perdido. (Aparte.) ¿Conque me amaba el capitán? Y es un buen mozo... Sí, pero mi pasión es tan verdadera... (Vase.)

ESCENA V

CARMEN, TIMOTEO y SALVADOR

- CARMEN. ¡Qué lástima que la juventud no reflexione!
- SALV. Para mí es muy sensible, porque el pobre Ugarte bebe los vientos por ella. Además, mi cariño hacia ustedes, mi simpatía por Julia...
- CARMEN. ¡Qué bueno es usted!
- TIM. ¡Esto es un ángel con morrión!
- SALV. ¿Y el general, no ha vuelto aún de su paseo?
- TIM. No.
- CARMEN. Y ya empiezan á tardar. ¿Usted tiene confianza en los caballos que montan?
- SALV. No se alarme usted.
- TIM. Juan es un centauro.
- CARMEN. Sí, pero Henny...
- SALV. Una amazona. En la Habana siempre nos dejaba atrás á su padre y á mí en las carreras de campanario.
- CARMEN. Con todo; siento que no les haya usted podido acompañar.

- SALV. Estaba de servicio, pero mañana...
- TIM. Y pasado.
- SALV. ¿Qué?
- TIM. No nos venga usted con fingimientos.
- CARMEN. El viernes llegaron á Madrid mi hermano y Henny, y ya nos ha hecho usted —las llevo contadas— diecisiete visitas.
- TIM. Lo que sale á cuatro diarias con la caída de la misa del domingo.
- SALV. He estado á las órdenes del general... le quiero entrañablemente.
- TIM. ¡Tú, tú, tú!... Carmen y yo no somos generales.
- SALV. ¿Y qué?
- TIM. Y desde hace un año que, al regresar á la Península, nos vino usted á ver en nombre suyo, en vez de preferir al elemento joven, se pasa usted las veladas con este par de vejestorios.
- CARMEN. Gracias por la lisonja.
- TIM. Hablo por mí, que asumo la representación. Tú no no eres más que vieja consorte.
- SALV. Eso no prueba sino que no se les puede tratar á ustedes sin quererlos.
- CARMEN. Ó que por la peana se adora al santo.
- TIM. ¡Vaya! Confiese usted que Carmen y yo vamos á ascender á tíos, y... se queda usted hoy á comer con nosotros.
- SALV. ¿A qué hora?
- CARMEN. Lo confiesa... Un abrazo.
- TIM. Y otro á mí. (A Carmen.) Mira por dónde tú y yo vamos á ser húsares por afinidad.
- SALV. Pero guardenme ustedes el secreto.
- CARMEN. ¡Ah! ¿Cómo?
- TIM. ¿Juan no sabe...?
- SALV. Debe sospecharlo.
- LOS DOS. Entonces...
- SALV. Sí; pero ella... ustedes perdieron de vista á Henny muy niña aún, y no conocen su carácter. Ama por

convicción, no por pasatiempo; procede en este, como en todos los actos de su vida, por la satisfacción razonada del deber, con la inflexibilidad de la línea recta, y mira su afecto como una virtud que desmerece con la ostentación.

TIM. ¡Es tan formal!

CARMEN. Y no deja por ello de ser alegre.

SALV. Henny es más que todo eso. Es una criatura de quien las vicisitudes de su existencia, el medio ambiente de su hogar y hasta su educación, impuesta por las circunstancias, han hecho el tipo perfecto de la mujer moderna.

CARMEN. Pues para mí, su único defecto consiste en eso que ustedes llaman su superioridad. Me parece que sabe demasiado para mujer. Más pespuntes y más catecismo.

SALV. Dispéñeme usted; cose muy bien y va á la iglesia á orar; no á ver al novio. Por lo tanto, ¿qué inconveniente hay en que también razone?

CARMEN. ¿Y encuentra usted bien en una niña el razonar del modo que ella lo hace, hablando de todo como pudiera hacerlo yo, que tengo dos hijas? Es claro: en casa de su padre no ha tratado más que á hombres...

SALV. Muy comedidos y muy correctos; pero que no se han visto en la precisión de fomentar una hipocresía, de que Henny no había recibido noción alguna en el colegio.

CARMEN. Donde, en cambio, le permitían copiar figuras desnudas.

TIM. Porque no le han enseñado á precaverse del desnudo como de un peligro.

SALV. Henny es un árbol de bosque á quien nadie ha impedido que se desarrolle en toda su plenitud; y usted está acostumbrada á que las niñas sean arbustos de jardín, retorcidos en espaldera, para cubrir con hojarasca la desnudez de un muro.

CARMEN. No: es que falta en su educación la crianza, el halago

materno, esas ternezas de que la han privado las locuras de sus padres; porque yo no quiero disculpar á ninguno de los dos. Sin la separación de Juan y su mujer, mi sobrina no se hubiera educado en un colegio de los Estados Unidos.

TIM. ¿Y qué ha perdido con ello?

CARMEN. Todo; hasta su nombre de Enriqueta que le han substituido por una jenigonza. Han hecho de ella una sabia.

TIM. ¿Y qué necesidad hay de que la mujer sea un adoquín?

SALV. ¿Pero es una marisabidilla? ¿Usted ve que haga ostentación de sus conocimientos? No: Sabe, porque no ignora, y lleva su talento como el pájaro su plumaje, sin calcular su valor.

CARMEN. Eso embota la sensabilidad.

SALV. Al contrario, la encauza.

TIM. Impide que se desborde.

SALV. ¡Sientel! ¿Pues no ha de sentir? Pero no tiene el sentimiento chillón.

TIM. Como vosotras, que lo mismo lloráis á un difunto que huís de una rata.

SALV. Ya estan ahí. (Voces dentro.)

CARMEN. ¿Venís enteros?

ESCENA VI

DICHOS; HENNY, de amazona; JUAN, en traje de montar, y JULIA

HENNY. ¡Qué ocurrencia! (Besa á su tía y da la mano á Salvador.)
¡Hola, Salvador!

JULIA. ¡Qué amazona tan elegante!

HENNY. Sobre todo, cómoda. (Con indiferencia.)

SALV. ¡Mi general...! (Saludándole.)

JUAN. (A Carmen.) Tú vives con el alma en un hilo.

TIM. ¡Os quiere tanto...!

JUAN. Sí; pero eso es morirse á pausas por los demás.

HENNY. ¿Qué dejas entonces para el verdadero peligro?

CARMEN. Hija, todos no podemos ser indios bravos.



- HENNY. No digas eso, tita. Es un consejo que te doy, por tu bien y por el de Julia. Hay que fortalecerla; es preciso ir la familiarizando con el sufrimiento para cuando sea madre.
- CARMEN. (Aparte.) ¡Uy! Ya empieza. (Alto á Julia.) Mira... anda adentro á ver si...
- JULIA. (Resistiéndose.) ¡Mamá...!
- JUAN. Tonta.
- TIM. Déjala.
- SALV. (Aparte.) ¡El choquel
- HENNY. ¿Pero es que he cometido alguna otra inconveniencia?
- TIM. Inconveniencia... no.
- HENNY. ¡Yo estoy aturdida! ando sobre carbones encendidos; no sé dónde poner el pie!
- CARMEN. Las niñas en Europa tienen el oído muy delicado.
- HENNY. ¿Pero aquí la mujer no se casa?
- SALV. Como en todas partes del mundo.
- TIM. En cuanto puede.
- CARMEN. Sí, señor: y se la destina á ser madre; pero...
- HENNY. Pero, por lo visto, no se la educa para que lo sea.
- CARMEN. Como en los Estados Unidos, no; porque yo no veo la precisión de que, para criar bien á sus hijos cuando sea casada, tenga que aprender una señorita á pintar hombres desnudos.
- HENNY. Y dí: entonces, ¿por qué á las Hermanas de la Caridad, que son solteras y castas, se les permite vendar heridos y cuidar enfermos?
- TIM. Bien dicho.
- SALV. Rebata usted esa lógica.
- CARMEN. Porque ellas no viven para el mundo; proceden así por amor de Dios.
- HENNY. Y nosotras por amor de los nuestros. La mujer es la Hermana de la Caridad de la familia, y debe saber dirigir el desarrollo corporal de sus hijos.
- JULIA. ¡A mí se me cae la cara de vergüenza...!
- CARMEN. ¿De oír esto, verdad?
- JULIA. No; de compararme con mi prima y ver lo poco que sé.